

Gustavo Casas Andreu
Mitos, leyendas y realidades de los reptiles en México
Ciencia Ergo Sum, vol. 7, núm. 3, noviembre, 2000
Universidad Autónoma del Estado de México
México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=10401912>



Ciencia Ergo Sum,
ISSN (Versión impresa): 1405-0269
ciencia.ergosum@yahoo.com.mx
Universidad Autónoma del Estado de México
México

¿Cómo citar?

Fascículo completo

Más información del artículo

Página de la revista

www.redalyc.org

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto



MITOS, LEYENDAS Y REALIDADES DE LOS REPTILES EN MÉXICO

GUSTAVO CASAS ANDREU*

*Recepción: 13 de octubre de 1999
Aceptación: 24 de febrero del 2000*

Introducción

Los reptiles, por su extraña apariencia de “vertebrados raros”, han despertado en las sociedades humanas una serie de versiones de extrañeza, de curiosidad y, por qué no decirlo, en algunos casos, de morbo. Particularmente en nuestro país, que es el de mayor biodiversidad en esta fauna, el encuentro cotidiano con ellos y el gran desconocimiento sobre su vida y hábitos, despierta desconfianza, por lo que bien vale la pena hacerles justicia con algunas aclaraciones.

En términos generales, los no especialistas comúnmente hacen gran cantidad de preguntas que pretenden verificar si su conocimiento sobre estos animales es real o bien requiere ser aclarado para comprobar, final-

mente, si tal conocimiento es un mito o algo que sucede en realidad.

Debo confesar que muchos de los mitos o creencias existentes a este respecto en nuestro país resultan tan fascinantes, y algunas veces parecen tan reales, que sería fácil aceptarlos como verdad a primera instancia; sin embargo, el conocimiento científico que se tiene sobre estos animales impide la validación de esas creencias y permite valorar más su importancia y función en los ecosistemas.

Cuando inicié la recopilación de estas notas, busqué alguna información relacionada con el tema a tratar, pero las únicas obras especializadas que mencionan la existencia de creencias populares en México o en América Latina sobre los reptiles fueron los trabajos de Álvarez del Toro (1982), de Freiberg (1970) y de Sandner (1975), quienes en algunos casos, explican tales creencias, y en otros sólo las narran; otra literatura solamente señala estos mitos o leyendas.

Estas líneas contienen gran parte de las preguntas que normalmente hacen las personas al respecto. Seguramente existen más mitos, leyendas y creencias que los aquí relatados; no obstante, mencionaré solamente aquellos de los que actualmente se tiene conocimiento y a los que puede dárseles una respuesta coherente. En cada caso se indica si la pregunta es sobre un hecho cierto, es un mito o si se trata de una mala observación. En cualquier caso, se explica cuál es la realidad en relación con el mismo. En la mayoría de los casos se trata de rumores o de observaciones mal realizadas y, desde luego, pésimamente transmitidas; en algunos otros se deben a leyendas que llegaron a América desde Europa, durante la Colonia.

Antes de adentrarme en el tema, definiré a los reptiles, centro de este trabajo; en particular, hablaré de aquellos animales vertebrados, representados por las tortugas y caguamas, las

* Instituto de Biología, UNAM. Apartado Postal 70-153. C. P. 04510, México, D. F. Tel. (5) 622-5702 ext. 280. Correo electrónico: gcasas@servidor.unam.mx

lagartijas e iguanas, las serpientes, culebras y víboras y, finalmente, por los lagartos, caimanes y cocodrilos. Todos tienen en común un cuerpo recubierto por escamas o placas córneas; se mueven llevando el cuerpo cerca del suelo; son de “sangre fría”; tienen respiración pulmonar; ponen huevos con cáscara más o menos dura o coriácea y con gran cantidad de yema (o vitelo) que sirve para la nutrición del embrión, mismos que se desarrollan en tierra seca (Bellairs y Attridge, 1975; Casas y McCoy, 1979; Halliday y Adler, 1987; Pough *et al.*, 1998).

Son un grupo muy diverso y de 6,600 especies que se conocen para todo el mundo en nuestro país existen poco más de 700; es decir, más del 10%, lo que sustenta la idea de que es el territorio con mayor número de especies de este tipo en el planeta (Neyra y Benítez, 1998).

Con mucha frecuencia se menciona que los reptiles son animales de “sangre fría”; sin embargo, a la luz del conocimiento existente cabe preguntarse si esto es real, ya que los reptiles requieren de una temperatura adecuada para cumplir con sus funciones vitales. Por ejemplo, en las tortugas se han registrado temperaturas corporales que van de los 5°C a cerca de los 40°C, según la especie de que se trate. En las lagartijas, la temperatura oscila entre 10 y 47°C; en las serpientes varía entre 10 y 39°C; y finalmente, en los cocodrilos o lagartos las temperaturas registradas se encuentran entre 26 y 39°C. Lo cierto es que cuando capturamos a cualquier reptil cuyo cuerpo presenta temperaturas menores a 30°C lo sentimos frío, pero también se dan muchos casos en que la temperatura es tan alta que los sentimos calientes; por ello, más que de sangre fría, los reptiles buscan aquellas temperaturas que les son más propias para el adecuado funcionamiento de su organismo (Porter, 1972; Pough *et al.* 1998).

Por otro lado, es frecuente escuchar que los reptiles se desplazan arrastrando su cuerpo sobre el suelo. Lo que sabemos es que muchos reptiles tienen cuatro patas, las que sustentan al cuerpo por encima del suelo y sólo descansan sobre él cuando se encuentran en reposo, aunque en algunos casos se llegan a arrastrar brevemente. Las serpientes, al carecer de patas, se desplazan empujándose con el margen posterior de cada escama ventral, como las orugas de las motoconformadoras o tanques de guerra; es decir, en realidad no se arrastran como si fueran sacos de materia viva, ya que su delicada piel a pesar de las escamas no lo permitiría, pues la dañaría al friccionar permanentemente el suelo, con los consecuentes problemas de salud (Halliday y Adler, 1987; Pough *et al.* 1998).

I. Mitos y leyendas sobre las tortugas y caguamas

Respecto a las tortugas existen varias consejas posiblemente por su aspecto tan peculiar debido a la concha que recubre su cuerpo y a sus curiosos movimientos. Una muy común es aquella que reza así: “de que muerde una tortuga, no libera, hasta que rebuzne un burro prieto”. Lo anterior tiene algo de cierto, con relación a que no sólo las tortugas, sino muchos reptiles, cuando muerden, sus músculos mandibulares se quedan contraídos o tetanizados por algunos momentos; y permanecen así si la presa, enemigo o persona a que han mordido, persiste en tratar de retirárselo; ciertamente se requiere un poco de calma y no de que “rebuzne un burro prieto”.

Dado el gran conocimiento que se ha generado en la población en general sobre las tortugas marinas, en particular sobre las salidas solitarias o masivas de hembras a la playa para anidar, la gente ha creado diferentes consejas. Por

ejemplo, hay quienes dicen que las hembras de tortuga de mar o caguama (*Lepidochelys olivacea*, *Chelonia mydas* y otras especies de tortugas marinas), lloran por que los hombres van a quitarles los huevos cuando los están poniendo en su nido de la playa. Como otros reptiles, las caguamas segregan lágrimas debido a sus requerimientos fisiológicos y en este caso en particular tienen dos funciones importantes: una de ellas es humedecer los ojos cuando se encuentran en tierra y, la otra, eliminar el exceso de sales del cuerpo, las que pueden ser ingeridas en demasía con los alimentos que consumen y requieren ser excretadas a efecto de tener un adecuado funcionamiento corporal (Márquez, 1996).

Por otro lado, y pensando en evitar el pillaje y venta ilegal de huevos de tortuga marina, se ha propalado con insistencia que los huevos de tortuga marina contienen colesterol y son, por lo tanto, dañinos a la salud de quien los consume. Como se sabe, estos huevos contienen cantidades iguales o sólo ligeramente superiores de colesterol que los de gallina u otras aves, por lo que ingeridos en exceso, desde luego, son nocivos para la salud. Lo anterior no significa que sea deseable que se sigan consumiendo los huevos de especies que están en peligro de extinción, y sí tener la conciencia de que cada huevo consumido es una oportunidad menos de supervivencia de las mismas.

Una creencia muy generalizada entre la gente es que los huevos de las caguamas o tortugas marinas en general son afrodisiacos, es decir, que aumentan la capacidad sexual de quien los consume. En realidad, estos huevos (como los de otros animales, incluyendo los de gallina) son altamente nutritivos y en personas tradicionalmente mal alimentadas, al consumirlos (como si comieran cualquier otro alimento con



calidad nutricional), no tan sólo incrementarían su capacidad sexual, sino también la de trabajar, la de pensar, la capacidad visual, etcétera.

Frecuentemente he escuchado en el campo que para evitar que un pozo se seque, es necesario arrojarle una tortuga de agua (los géneros más comunes en México son *Trachemys* o “tortugas pintas o icoteas” y *Kinosternon*, más comúnmente conocidas como “pochitoques o casquitos”) la que cuidará y mantendrá la capacidad acuífera del mismo. Definitivamente una tortuga no tiene la cualidad de mantener el pozo sin sedimentos, ni tampoco los atributos sobrenaturales de atraer agua, sino que más bien esto depende de la buena elección del lugar para la construcción del pozo y de un adecuado servicio de mantenimiento.

II. Mitos y leyendas sobre las lagartijas

En relación con las lagartijas, existen algunos mitos heredados de la Península Ibérica durante la Colonia, aunque otros se han originado en México. Muchas personas tienen la falsa creencia de que existen varias especies de lagartijas venenosas, las que se reconocen por sus colores brillantes y raro aspecto. En realidad, de las más de 320 especies de lagartijas registradas para México, solamente existen dos, del tamaño de una iguana, que son venenosas, no sólo de México sino de todo el mundo y son los llamados “monstruos de gila” (*Heloderma suspectum*) en Sonora, y “escorpiones” (*Heloderma borridum*), e inclusive “lagartos enchaquirados” en la región costera tropical del Pacífico, desde Sinaloa hasta Chiapas, incluyendo las regiones cálidas de la cuenca del Río Balsas (Campbell y Lamar, 1989); efectivamente, son animales muy asustadizos, de movimientos lentos y que

sólo muy ocasionalmente producen accidentes por mordedura, aunque el envenenamiento puede ser tratado médicamente y la víctima suele recuperarse (Campbell y Lamar, 1989).

A muchas otras lagartijas —llamadas en algunos lugares “chintetes”— (*Sceloporus spinosus*, *Sceloporus torquatus* y otras especies de lagartijas)— de colores intensos o raro aspecto, se les llama también algunas veces “escorpiones” (*Basiliscus imbricatus*) y se dice que son muy venenosas, pero está comprobado que son completamente inofensivas (Freiberg, 1972; Porter, 1972; Pough, *et al.*, 1998).

Existen otras lagartijas en México, cuyas escamas terminan en puntas, dándoles un aspecto espinoso —varias especies del género *Sceloporus* son mencionadas por Freiberg (1972)—, a cuyas espinas se atribuye la capacidad de brincar y estamparse en el pecho de quien las encuentra; sin embargo, las espinas de esas lagartijas cumplen dos funciones muy diferentes: una es que la textura espinosa no parece hacerlas agradables al paladar de sus enemigos potenciales, y la otra que, al refugiarse en las fisuras de las rocas en que viven, estas espinas les sirven como anclaje entre las grietas de las rocas aledañas, lo que evitará la eventual extracción de la lagartija por parte de cualquier enemigo.

A las lagartijas comúnmente conocidas como “camaleones” o “llora sangre” (*Phrynosoma orbiculare* y otras especies de este género), se les atribuye el alimentarse o vivir gracias al aire que las rodea. Lo anterior se debe a que, cuando son mantenidas en cautiverio, debido a su fama de mascotas para niños por su docilidad, normalmente se rehusan a alimentarse y a las pocas semanas de soportar ese cautiverio, mueren por inanición. Estas lagartijas, en condiciones naturales, tienen un ti-

po de alimentación muy especializada, principalmente a base de hormigas, pero no de cualquier clase, ya que cada especie de camaleón está adaptado a un tipo especial de hormigas (Sherbrooke, 1981) y, por lo tanto, resulta muy difícil el encontrarles un alimento adecuado, lo cual hace de estos animales muy malas mascotas.

En las regiones calientes de los estados de Nayarit, Jalisco, Colima y Michoacán, existen unas lagartijas de hábitos nocturnos, llamadas “pata de res” o “pata de buey” (*Phyllodactylus lanei*), emparentadas con las que en la costa de Guerrero son llamadas “cuijas” o “besuconas” (*Hemidactylus frenatus*) (Freiberg, 1972).

A las “patas de res” se les llama así porque en el extremo de cada dedo presentan dos escamas grandes que dan la apariencia de una pequeña pezuña; estas lagartijas son muy temidas por la gente ya que, según dicen, con sus dedos se adhieren fuertemente a la piel de las personas, a las que posteriormente muerden, resultando dicha mordedura en consecuencias fatales. Está completamente comprobado, que esos animales son bastante tímidos, frágiles e incapaces siquiera de hacer una leve excoriación y mucho menos tener cualquier estructura productora de veneno, por lo que son completamente inofensivas (Pough *et al.*, 1998; Freiberg, 1972).

III. Mitos y leyendas sobre las serpientes, culebras y víboras

Posiblemente el grupo de las serpientes u ofidios es —no sólo entre los reptiles sino entre todos los animales— sobre el que más mitos, leyendas, consejas y fábulas se han tejido.

De acuerdo con lo señalado por Marcos A. Freiberg (1970) en su libro *El mundo de los ofidios*, acerca de las creencias sobre los ofidios, las ser-

pientes han sido víctimas de la adversidad por parte de los humanos y han estado sometidas a un infame proceso desde el contenido de la Biblia, en la que fueron condenadas no sólo a arrastrarse, sino a ser perseguidas y exterminadas sin ningún miramiento; no obstante, es necesario hacer justicia a la mayoría de las especies que han sido acusadas de innumerables crímenes imaginarios, como la presunta capacidad de mamar la leche de las vacas e incluso hipnotizar a otros seres o danzar al ritmo de las flautas de los encantadores y de otros maleficios, sin entrar a averiguar sobre su verdadera culpabilidad; es decir, es muy difícil desarraigar prejuicios con profunda raigambre milenaria, no obstante, trataremos de aportar alguna luz sobre el conocimiento, para tratar de hacer justicia a estos interesantes animales.

Particularmente entre las personas que viven en las ciudades, existe un temor muy generalizado en relación con las serpientes, ya que piensan que cualquier tipo de ofidio es venenoso; pero, para tratar de calmar en lo posible ese temor, vale aclarar que, efectivamente, en México existen 320 especies de serpientes, sin embargo, solamente unas 60 son venenosas (Campbell y Lamar 1989), y todavía más: de estas últimas, sólo 19 son de primera importancia en salud pública, el equivalente al 2.8% de todas las especies de reptiles del país.

En México, las serpientes son denominadas de diferentes maneras, por ejemplo, entre las personas de las ciudades, se llama víbora a cualquier tipo de serpiente. En la denominación de este grupo, creo que los campesinos han seguido una nomenclatura más tradicional y también más precisa, ya que ellos llaman “víboras” a las serpientes venenosas (del latín *viperu*) y “culebras” a las inofensivas (del latín *coluber* o *colubra*).

Una creencia muy común y comentario frecuente cuando se está platicando sobre las serpientes, es que cuando alguna persona se encuentra con una, el ofidio se dedica a perseguirla insistentemente para morderla. En realidad, estos animales son bastante tímidos y el primer recurso que utilizan siempre para defenderse es huir de cualquier enemigo potencial, incluyendo al hombre; solamente cuando se sienten acorraladas es que presentan pelea tratando de defenderse, tendiendo a morder a la persona que las está molestando. La función primordial del veneno de las serpientes es la obtención de presas para alimentarse y el papel que juega en la defensa es completamente secundario (*ibid.*).

Otro mito muy difundido es que las serpientes dan grandes saltos para alcanzar y morder a las personas (Freiberg, 1970). En realidad, para lanzarse a morder, requieren tener, por lo menos, una tercera parte del cuerpo en el suelo, por lo tanto, más que un “brinco” lo que hace el animal es dar un “estirón”.

También es frecuente escuchar que muchas víboras o serpientes pican con la cola, particularmente Álvarez del Toro (1982) lo indica como un mito para las “coralillos” o “corales” (*Micruurus*). Hasta el momento, dentro de las 2,300 especies que se conocen en el mundo, la ciencia no tiene registrada ninguna especie que pique con la cola, ya que carecen de estructuras apropiadas para hacerlo (Pough *et al.*; 1998). Este comportamiento se explicaría indicando que, cuando se captura uno de estos animales, tratan de sostenerse de su capturador por medio de la cola, buscando de esta manera un apoyo para poder liberarse y huir, motivo por el que las personas piensan que tratan de picar.

De la misma manera, es común oír que las víboras pican con la lengua (Freiberg, 1970), lo cual sencillamente

es imposible, ya que su lengua es blanda y flexible y el frecuente lengüeteo que muestran se debe a que las serpientes han desarrollado la capacidad de oler y saborear las partículas que se encuentran en el ambiente y de esa manera saber qué sucede en el mismo, y una vez que captan así su entorno, al introducir la lengua a la boca, pasan los dos extremos o puntas de la misma por el techo de la boca o “paladar”, en el que se encuentra un órgano con terminaciones nerviosas muy sensibles y que es el que detecta esas partículas; entre más nerviosa y excitada se encuentre la serpiente, mayor necesidad tendrá de saber qué sucede en el ambiente y el lengüeteo será más frecuente (Pough *et al.*, 1998).

Se afirma sobre la existencia de serpientes que “chicotean” o “chirrianean”, inclusive a estas serpientes les llaman “chirriónicas” (diferentes especies del género *Masticophis*); es decir, que dan latigazos a quien se atraviese en su camino, lo que da la impresión que estos animales se dedican a flagelar a la víctima que se ponga a su alcance. La experiencia personal me ha demostrado la existencia de algunas serpientes que al ser capturadas y tomadas firmemente por el cuello y dejar el cuerpo de la misma suelto, empiezan a ondularlo enérgicamente, tratando de liberarse, y si se les mantiene cercanas al cuerpo de la persona, le pegan con la cola, como si flagelaran, aunque estos “latigazos” no produzcan la más mínima molestia.

Muy frecuentemente me comentan que las serpientes venenosas o víboras –serpientes vipéridas, principalmente las “cascabeles” del género *Crotalus*–, antes de beber agua en algún charco o arroyo, dejan sus “bolsas de veneno” sobre algún objeto cercano al agua y a veces las dejan debajo de un hongo (por lo cual, dicen, estos hongos se vuelven venenosos) y después de be-



ber, las recogen y se las colocan en su lugar (Álvarez del Toro, 1982). Esto es totalmente imposible, ya que las “bolsas de veneno” son glándulas que se encuentran incluidas entre los tejidos de la boca, por lo que tendrían que ser expertas cirujanas para poder quitárselas, colocarlas después en su lugar y cerrar la herida (Pough, 1998). Se dice que la víbora hace esto para impedir que al beber agua se pudiese autoenvenenar, aunque en realidad nunca se ha sabido que tal cosa ocurra.

Otro mito señala la existencia de serpientes que maman las ubres de las vacas o los pechos de las madres que están amamantando, con el objeto de alimentarse con leche. Esto lo atribuyen a varias especies como al “cincuate” (*Pituophis deppei*), la “arroyera” o “tilcuate” (*Drymarchon corais*), la “xuchitl” o “voladora” (*Spilotes pullatus*). Desde luego ésta también es una creencia sin fundamento, ya que la configuración y estructura de la boca y los labios duros de estos animales (Porter, 1972; Pough *et al.*, 1998), hacen imposible que mamen, como sucede con los mamíferos, los cuales sí tienen la capacidad de succionar la leche de las mamas mediante sus carnosos y movibles labios. Posiblemente este mito tiene su origen en el sentido de que cuando las vacas están pastando en el campo, pueden pisar o molestar a la serpiente por lo que, como defensa, ésta trata de morder y, al intentarlo, posiblemente encuentra a la ubre en el camino y es ahí en donde muerde; al observarse esto a cierta distancia, parecería que la serpiente está mamando o tratando de mamar las ubres.

Otra creencia muy extendida es en relación con el número de segmentos del apéndice caudal de algunas serpientes (*Crotalus*), particularmente en el llamado “cascabel”, refiriere que el número de segmentos corresponde a la

edad que tiene o tenía la serpiente. En relación con esto, puedo decir que las serpientes mudan la capa más externa de la piel varias veces al año y, en el caso de las cascabeles, la escama que se encuentra en la punta de la cola forma un segmento que se agrega a los existentes de cada muda. En términos generales, estas serpientes pueden perder los segmentos terminales, por lo que con frecuencia no llegan a tener más de seis o siete cascabeles, aunque ocasionalmente llegan a encontrarse serpientes de cascabel con doce segmentos; por ello, difícilmente se puede determinar la edad de la serpiente según el número de segmentos del cascabel (Freiberg, 1970; Campbell y Lamar, 1989).

Como lo señala Álvarez del Toro (1982), es frecuente que en el estado de Chiapas se diga que las serpientes de coral o coralillos (*Micrurus*) son las dueñas de las “hormigas arrieras” ya que muchas veces se les encuentra en los hormigueros o entrando a ellos. Aunque difícilmente se puede decir que sean sus dueñas, lo que sucede es que los coralillos se alimentan de ciertas culebritas ciegas (*Leptotyphlops*), las que a su vez ingieren gran cantidad de estas hormigas, y esta es la razón por la que se da tal relación entre coralillos y hormigas.

Existe también la conseja, en algunas regiones de México, acerca de que las mujeres embarazadas pueden hipnotizar o adormecer a las culebras si las miran fijamente (Álvarez del Toro, 1982). Sucede que si una serpiente encuentra un objeto que antes se movía y en un momento se queda fijo frente a ella, la hace reducir su nerviosismo y permanecer quieta por un momento, para posteriormente huir.

Me han comentado en el campo que hay serpientes sordas, como la “nauyaca” o “cuatro narices” (*Bothrops asper*). Esto es cierto no tan sólo para las nau-

yacas, sino para todas las serpientes, ya que ellas no presentan oído externo como nosotros los humanos, aunque sí tienen oído interno y son capaces de percibir en él las vibraciones que se transmiten por el movimiento del suelo (Pough *et al.*, 1998).

Desde hace algunos años se ha dicho con insistencia que la carne de víbora de cascabel consumida regularmente cura el cáncer (Freiberg, 1970; Álvarez del Toro, 1982). Lo cierto es que hasta el momento no existen estudios clínicos publicados que permitan aceptar o refutar esta creencia, aunque es posible que los cánceres que sanan por esta vía sean aquellos de origen psicossomático, y las cápsulas de víbora, que es la forma de presentación de esa carne, al ser consumidas por el paciente sólo tienen el efecto de un placebo, es decir, el efecto es más bien psicológico. Esta creencia, desafortunadamente, ha contribuido en gran medida a la desaparición de las serpientes de cascabel y otras especies en muchas regiones de México.

IV. Mitos y leyendas sobre los lagartos, caimanes y cocodrilos

También existen leyendas sobre los cocodrilos o lagartos; una de ellas, muy antigua, reza que estos animales lloran por cualquier cosa; inclusive cuando los niños lloran sin motivo aparente, se dice que están llorando “lágrimas de cocodrilo”. Estos animales, al igual que las tortugas de mar o caguamas, al estar en tierra soleándose, producen un lagrimeo que les ayuda a mantener húmedos los ojos (Ross y Garnett, 1992).

Algunas personas de las costas de México narran que cuando los lagartos se encuentran soleándose en tierra, abren la boca para que se les paren las moscas dentro y cuando se ha juntado una regular cantidad, el lagarto cierra la boca y engulle un bocado extra de estos

inermes insectos (Álvarez del Toro, 1982). En los estudios que se han realizado sobre cocodrilos y lagartos, se ha determinado que abren la boca para exponer la superficie húmeda de la misma y perder calor, para así mantener su cuerpo a temperatura óptima y evitar un sobrecalentamiento que pudiera ser lesivo para el animal, por lo que la presencia de las moscas es secundaria y

no tiene mayor trascendencia para los cocodrilos (Ross y Garnett, 1992).

Estimado lector, espero que después de haber leído las líneas anteriores, se haya reducido su aversión por los reptiles, si es que la tenía, y que su conocimiento sobre ellos sea ahora mayor, permitiéndole comprender mejor a estos interesantes y útiles representantes del reino animal.

Desafortunadamente existen pocos textos en español sobre la biología de los reptiles y menos aún publicados en México; sin embargo, para aquellos lectores interesados en profundizar en el conocimiento de estos animales, se pueden remitir a la literatura general sobre los reptiles y, en algunos casos, sobre grupos particulares de ellos que se presenta a continuación. ☺



BIBLIOGRAFÍA

- Álvarez del Toro, Miguel (1982). *Los reptiles de Chiapas*. Colección Libros de Chiapas. Publicación del Instituto de Historia Natural. Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, México.
- Bellairs, Angus d'A. y John Attridge (1975). *Los reptiles*. H. Blume Ediciones, Madrid.
- Campbell, J. A. y Lamar, W. W. (1989). *The Venomous Reptiles of Latin America*. Comstock Publishing Associates, Cornell University Press, Ithaca and London.
- Casas, A. G. y McCoy C. J. (1979). *Anfibios y reptiles de México*. Limusa, México.
- Freiberg, Marcos. _____ (1970). *El mundo de los ofidios*. Editorial Albatros. Buenos Aires, Argentina.
- _____ (1972). "Los reptiles", en Luis Cendrero (Dir.) *Zoología hispanoamericana. Vertebrados*. Porrúa, México, D. F. pp. 447-634.
- Halliday, Tim R. y Kraig Adler (eds.) (1987). *The Encyclopedia of Reptiles and Amphibians*. Facts on File Publications, New York.
- Márquez, R. (1996). *Las tortugas marinas y nuestro tiempo*. La Ciencia desde México, Núm. 144. Secretaría de Educación Pública, Fondo de Cultura Económica y Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología.
- Neyra, Lucila y Hesiquio Benítez (1998). *¿Qué es biodiversidad?* Página Web. Comisión Nacional para el Conocimiento y uso de la Biodiversidad, México.
- Parker, H. W. y Angus Bellairs (1975). *Los anfibios y los reptiles*. Historia Natural Destino, T. 10. Ediciones Destino, Barcelona.
- Porter, K. R. (1972). *Herpetology*. W. B. Saunders Company. Philadelphia, London, Toronto.
- Pough, F. H.; Andrews R. M.; Cadle J. E.; Crump M. L.; Savitzky A. H. y Wells K. W. (1998). *Herpetology*. Prentice Hall, New Jersey.
- Ross, Charles A. y Stephen Garnett (directores) (1992). *Cocodrilos y caimanes*. Fundación "la Caixa" Museu de la Ciència. Plaza & Janes/Tusquets, Barcelona.
- Sandner, M. F. (1975). *Manual de las serpientes ponzoñosas de Venezuela*. Talleres Tipográficos de Miguel Ángel García e Hijo, Caracas, Venezuela.
- Sherbrooke, W. C. (1981). *Horned Lizards*. Unique Reptiles of Western North America. Southwest Park and Monuments Association, Arizona.